

aun estamos presenciando; espectáculo tierno hasta las lágrimas y sin ejemplo en los fastos de nuestra historia eclesiástica. Para celebrar el natalicio á la inmortalidad del sacerdocio del venerable Primado, dejando á sus rebaños, sus amantes hermanos han venido del Aquilón y del Levante; y con él han estado también en espíritu los retenidos lejos por la inflexibilidad del deber.

Las lágrimas son la última expresión del sentimiento humano. Enternece hasta el llanto, ese grupo de obispos que por primera vez estamos contemplando. Algunos se cree verlos envueltos aún, en el humo de las locomotoras, y otros con los ojos fulgurantes y tostados los rostros, por los tórridos climas en que habitan: algunos parecen traer sobre sus túnicas el polvo de los desiertos ó el lodo de las inundaciones; y las vestiduras de otros se miran como desgarradas por los zarzales de los ásperos caminos que han atravesado. No se puede contemplar ese grupo sin llorar: involuntariamente se recuerda el último ósculo de paz que al pie de la Cruz se dieron los Apóstoles, cuando se separaron para evangelizar al mundo. ¡Cuántos, Dios mío, de los santos

y venerables obispos que estamos mirando, al decirse adiós sea quizás para no volver á verse sino en la eternidad! Ruda es su tarea, pero grande el jornal que les espera, cuando al caer la tarde vuelvan á la casa del buen Padre de Familia que los ha enviado, porque es muy rico y generoso el Dueño de la Viña para quien trabajan!

Es noble y santo el regocijo inmenso con que el pueblo cristiano de la Diócesis de México, está celebrando el Jubileo sacerdotal de su Pastor amado, y es justo también el agradecimiento henchido de ternura, con que dá la bienvenida á los Apóstoles que desde tan lejos han llegado, para alegrarse con la alegría y ser felices con la dicha de su venerable Hermano. La "Sociedad Católica de la Nación Mexicana," desde los humildes rincones en que habita su bajeza, ha llorado también de alegría y ha unido su corazón y sus votos á los de todo el pueblo cristiano.

Como la "Sociedad Católica" os conoce, Ilmo. Señor, tan de antiguo y tan sinceramente os ama, guiada por su amor ha podido penetrar hasta el fondo de vuestra alma; y estremecerse y palpar con el cúmulo de recuerdos sonrientes los unos y do-

lorosos los otros, que en estos días tan solemnes han henchido hasta desbordarse, vuestro corazón. En ese vuestro noble corazón hemos vivido, asistiendo á todas las conmovedoras escenas de vuestro presente y de vuestro pasado.

Hemos estado en la húmeda y fértil Zamora, mirando como á través de una nube sonrosada, aquel honrado y virtuoso hogar, donde se deslizaron los felices días de vuestra tranquila infancia: aspirando aquel ambiente, que impregna la naturaleza de los que allí nacen, de una aroma de vitalidad con el que nunca envejecen; que les amplía las espaldas y les ensancha el pecho, para que puedan beber sin peligro el viento de los años, como beben los árabes los vientos del desierto. De allí, hemos ido al Seminario de Morelia, cuna literaria de tantos hombres ilustres, donde fueron padres de vuestro espíritu aquel R. Sr. Rivas que era un sabio y que era un santo, y aquel Sr. Portugal cuyo elogio más grande y merecido es, que fuese digno sucesor del gran D. Vasco de Quiroga, á quien todavía las razas tarascas á través de tres siglos, llorando lo llamaban su padre. Allí mismo, el

cielo os dió por amigo al Ilmo. Sr. Munguía, aquel gigante pensador que no pudiendo contener espíritu tan grande en tan frágil vaso, espiró al fin en vuestros brazos, de plétora de piedad y de genio.

Qué grato nos ha sido volver á Zamora y en aquel convento, fundado por frailes que fueron una pléyade de héroes y una legión de ángeles, en el devoto Santuario del Señor de la Salud, asistir á vuestra primera misa al lado de vuestros padres; y como ellos, inundados en lágrimas y temblando de emoción. Como flor de heno pasan las dichas de la tierra: acabó pronto el célico idilio. De vuelta en Morelia comienzan ya á nublarse vuestros días, con celajes flotantes de melancolía . . . Y luego á Puebla, y á sufrir el primer tumbo de la ola enfurecida, que desde entonces no ha cesado de encreparse y de rugir. Muy triste es surcar los mares sin esperanza de volver; pero Dios no abate sin consuelo. Qué dicha, al fin de la jornada ir á postrarse á las plantas de aquel Santo Pontífice, blanco cual copo de nieve, por dentro y por fuera; y qué dicha volver más tarde á esa Roma eterna, cuando abrió sus puertas seculares, á

los hombres justos guardadores de la verdad sobre la tierra.

Como las olas empujan á las olas, días tristes empujan á días más tristes coronados de amargura. Extranjeros vinieron de muy lejos á enseñarnos la concordia peleándose entre sí: los que se quedaron estaban ya enfermos de muerte y no quisieron tener á su lado más consejeros que su miedo y su soberbia. La tremenda catástrofe, lúgubre resonó en el mundo, y desde entonces en un castillo desierto, un fantasma ensangrentado y con su rota corona en las yertas sienas, gime y se queja sin cesar. Pasaron meses y años han pasado . . . pero escrito está, la Inmaculada Esposa del Cordero no pasará día sin aflicción sobre la tierra. Sus combates han seguido en la sombra y en silencio, y más dolorosos aunque menos cruentos. Ya no derrama su sangre sobre la arena del Circo, pero aun vierte su lanto sobre el suelo de las Catacumbas...!

Hemos visto lo que no vieron nuestros padres, y lo que tal vez no verán nuestros hijos. El hombre es digno de nuestro amor y de nuestra reverencia, porque es mucho que ha amado, es mucho lo que ha sufri-

do, y porque aunque su heroísmo no se queje, no es de rosas el lecho en que descansa. Ni duplicándolos y centuplicándolos, ni aun así serían nuestros homenajes dignos de nuestro Obispo, porque un Obispo es por la excelsa santidad de su carácter y la sublime alteza de su misión, lo más grande que exista sobre la tierra y lo más grande que en lo humano pueda imaginarse. Se tiembla al decirlo, pero á un Obispo lo debemos reverenciar como á Jesucristo mismo, según la tremenda y profunda expresión de San Ignacio Mártir: *revereantur omnes Episcopum, ut Jesum Christum existentem Filium Patris*. Reverencien todos al Obispo como si en él viviera Jesucristo Hijo del Padre."

Como en María fundamos nuestras esperanzas, confiemos en que el cielo escuchará benigno nuestras súplicas. En presencia de millones de almas Nuestro Pastor amado ha prometido á la Virgen Santísima de Guadalupe coronarla, y Ella que lo está esperando, Ella lo sabrá guardar. ¡Madre, Madre, Tú nos respondes de él en el tiempo y en la eternidad: acuérdate que te lo entregamos!